

PRESENTACIÓN

En las ciencias sociales existen temas recurrentes como resultado de su significación en la organización y dinámica de la vida en común. Entre éstos destacan los del Estado, el poder político, las formas de gobierno, la revolución. No podría ser de otra manera. En los conceptos anteriores se condensan nudos centrales de la organización de la sociedad, de su reorganización y de su potencial transformación. Por ello constituyen el vértice donde confluyen posiciones e intereses de diversos agrupamientos humanos, sean clases sociales, fracciones y sectores, partidos políticos, organizaciones empresariales y sindicatos, entre otros.

Sea para reorganizarlos y reforzarlos o para debilitarlos y transformarlos, el Estado, el poder político, la democracia u otras formas de gobierno están en permanente tensión frente a las fuerzas sociales y políticas que se posicionan o inciden en ellos y las que buscan ganar espacios para actuar o modificar sus sentidos. Todo esto expresa la centralidad del Estado y el poder político en la reproducción material y espiritual de la sociedad, así como su relevancia en los proyectos de transformación social.

Si lo anterior es válido y tiene sentido ahí donde la vida en sociedad se desenvuelve con cierta rutina social, es más fuerte su significación en aquellos espacios del sistema mundial donde tienden a concentrarse contradicciones económicas y políticas, por la agudización de mecanismos de exacción de plusvalor que obstaculizan la consecución de condiciones básicas de vida de los productores, lo que reduce las bases para sostener formas consensuales de dominio y de gobierno, volcando a las calles de manera recurrente a un sinnúmero de sectores sociales.

América Latina se encuentra en esa franja estructuralmente resquebrajada del sistema mundial. Es ese piso el que alimenta las regulares asonadas, movilizaciones, alzamientos y rupturas reales o potenciales presentes en la historia social y política de la región. Son razones sociales y no genéticas las que explican la ebullición permanente de fuerzas en esta región.

Dentro de las formas novedosas en que se presentan las aspiraciones de las fuerzas y movimientos sociales en la región se encuentran la conformación de los llamados

gobiernos populares y progresistas, que se han hecho presentes con fuerza en el escenario político regional a lo menos desde los inicios del nuevo siglo.

Su irrupción remeció el escenario político en la región, tras la agresiva ofensiva que trajo consigo la multiplicación de gobiernos militares y contrainsurgentes y que desmanteló organizaciones populares, gobiernos y dejó un reguero de muertos y desaparecidos. Luego de esta política que alcanzó dimensiones subcontinentales, no era previsible que en poco más de un par de décadas la reorganización popular no sólo tomará forma, sino que además se insertara de lleno en los espacios de la lucha electoral abiertos por las políticas que buscaban lavar la cara a la barbarie alcanzada, así como nuevas formas de legitimidad del mando político, ante la imposibilidad de sostener políticas y prestaciones sociales en un periodo de crisis económica mundial y frente al expansivo avance del neoliberalismo como política económica para sortear la situación.

Pero la sorpresa también se hizo presente en los sectores políticos y organizaciones populares y de izquierda, y con mayor razón en aquellas que triunfaron en elecciones, por lo inesperado de los resultados, y el inicio de tareas de administración y gobierno de la sociedad que reclamaban respuestas tempranas. Todo ello trajo consigo la apertura de coyunturas marcadas por la vorágine, donde las tareas electorales y de gobierno han atrapado a organizaciones, dirigentes y militantes, quedando poco espacio para –desde una necesaria distancia– evaluar las dimensiones de lo que desde una perspectiva de transformación de la sociedad sucede.

No es novedad señalar que vivimos tiempos de agudas incertidumbres. Unas como resultado de procesos inscritos en la dinámica de la actual vida en sociedad, generadora recurrente de novedades y sorpresas que obligan a las ciencias sociales a renovarse y recrearse para estar en condiciones de ofrecer explicaciones razonables a lo que acontece. La prolongada crisis económica, la crisis de las democracias representativas y del Estado, la disputa por la hegemonía del sistema mundial, la pandemia y la actual crisis geopolítica, constituyen algunos hitos en esta línea que obligan a los centros académicos a redoblar esfuerzos para dar cuenta de lo que acontece y de sus consecuencias.

Pero también participamos de un tiempo en donde la distorsión deliberada y el engaño premeditado se han convertido en prácticas generalizadas en la vida pública, con expresiones relevantes en el quehacer de medios de comunicación y redes sociales, incrementando las incertidumbres con intenciones que rebasan la lógica de las novedades de la vida en sociedad, para operar como un mecanismo político que hace de la confusión de relatos un recurso para avanzar posiciones. Esta última constituye una corriente que en términos epistémicos y éticos se opone a la búsqueda de lo verdadero

y que abiertamente opta por construir relatos a la medida de voluntades con poder y capacidad de alentar incertidumbres y confusión social.

Ante la envergadura de estos últimos procesos es imposible que los centros académicos y de investigación permanezcan inmunes a lo que acontece. Por ello es fundamental redoblar los esfuerzos por hacer de la reflexión y del conocimiento herramientas para alcanzar mejores y más justas condiciones de convivencia social y de organización de la vida en común sin desconocer, sin embargo, las divergencias que acompañan el quehacer reflexivo y de investigación. En esa lógica y asumiendo una clara posición en tal sentido, la revista *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, se abre en este número a la discusión de temas y procesos con un peso gravitante en la vida en sociedad, y que por lo mismo polarizan posiciones, como son los del Estado, el poder político, las formas de gobierno y la transformación social en nuestra región.

Jaime Osorio
Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Xochimilco

¡El que le cantó a San Pedro!

El juego de la lotería existe desde la Edad Media; su nombre proviene de *lotto*, que significa destino, consta de un bonche de 54 cartas y un número indefinido de tarjetas llamadas tablas, conformadas con 16 de dichas cartas escogidas aleatoriamente, se dice que tuvo sus orígenes hacia 1400 en Italia y fue llevado a la Nueva España en 1769, en ese entonces la jugaban casi exclusivamente las clases sociales altas. Durante la guerra de Independencia de México, entre 1810 y 1821, se convirtió en pasatiempo cotidiano entre los soldados. Al terminar la guerra, la popularidad del juego se extendió por todo el país.

Con el tiempo, la lotería se convirtió en parte esencial de las ferias itinerantes mexicanas, donde por lo general se jugaba por dinero en tablas pintadas. Gana quien complete la tabla elegida al inicio de la partida y grite ¡¡¡Lotería!!!, entonces recibe un premio. Se jugaba en público y cada carta tiene su canto especial para jugarla, por ejemplo: ¡Pórtate bien cuatito, si no te lleva el coloradito! - ¡¡¡El diablito!!! O como el siguiente: ¡No me extrañes corazón, que regreso en el camión! - ¡¡¡El corazón!!!

Una gran cantidad de personas tenemos entre nuestros recuerdos este juego, ya sea por las ferias o por haberlo jugado en familia o con amigos; y a pesar del tiempo que ha pasado desde que este juego de azar se popularizó, en nuestro país la lotería que sigue siendo favorita, es la creada por don Clemente Jacques, quien llegó a México en 1887 con la idea de fabricar corchos, confeti y juegos de mesa, es llamada la *Lotería mexicana*, es además la primer lotería industrializada impresa que llegó a los hogares mexicanos. El señor Jacques cuenta con el registro de las imágenes originales del juego, por eso el gallo de don Clemente es la carta número uno y también el logo de su conocida empresa de conservas. Hubo muchos intentos por cambiar o actualizar las cartas de la lotería. Incluso don Clemente en 1960 imprimió una segunda serie de lotería con personajes como el futbolista, el payaso o la bruja, pero como otros intentos, no tuvo éxito.

Es posiblemente por el arraigo que este juego tiene entre los mexicanos de todas las edades, que al pensar en un proyecto artístico que resultara interesante a un numeroso grupo de artistas grabadores, el artista y diseñador Fernando López Enríquez propuso como tema la Lotería Mexicana y sin duda tuvo mucha razón al elegirlo, ya que suscitó primero la entusiasta aceptación de los 53 artistas invitados, y después la solicitud de participación de muchos que no fueron invitados, no por falta de reconocimiento a su labor creativa, sino por motivos logísticos y presupuestales que implicaba.

El maestro López Enríquez, quien se distingue por su bonhomía, aceptó la participación de muchos más y asumió lo que esto implicaba, decisión con la que nos congratulamos al ver ahora las imágenes que conforman esta excelente muestra de interpretación artística, creatividad y oficio en torno a un juego popular y sólo nos queda pedir su participación para iniciar la partida con el tradicional canto: ¡El que le canto a San Pedro!, y gritar con emoción: ¡¡¡Lotería!!!

Ma. Eugenia Quintanilla
Ciudad de México, 2017



